

# LA MADRE DE FAMILIA.



REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—  
 Á Maria Santísima de las Angustias, poesía, por Josefa Bueno, viuda de Altea.—Hay mas allá, novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Á mi buena amiga, poesía por M. Martinez Barrionuevo.—Leonтина, por Matilde Bourdon.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION)

Observa a la misma naturaleza; cuánta actividad, cuánto ingenio despliega hasta el ser mas pequeño y mas abyecto!

Mira á las flores exhalando su perfume; á la abeja fabricando su miel; al pájaro formando su nido; á las aguas matizando los campos con sus perlas; al sol derramando su luz sobre la tierra! Los astros giran incesantemente en su órbita; los mares fluyen y refluyen; sin descanso corren aquí ó allá los elementos para formar las tempestades bienhechoras, y la

noche produce el rocío, los árboles producen frutos, los frutos fecundizan la tierra, la tierra da abrigo en su seno á las semillas... La Creación es un laboratorio inmenso, en donde hasta el átomo de polvo tiene marcado su trabajo, y ¿quieres tú que el hombre, el ser mas perfecto, se rebele contra esa ley, causa y origen de todas las maravillas que le cercan? Quieres que sea el único que permanezca ocioso, cuando hasta Dios trabajó para formar el Universo?

¡Oh, bendito sea el trabajo, que permite al esclavo social que rompa sus cadenas y pueda vivir independiente; que cimenta su dignidad, y la facilita los medios de seguir las aspiraciones de su conciencia y desafiar las vicisitudes de la suerte!

¡Bendito, Enriqueta, bendito sea el trabajo, que es un manantial perenne de consuelo, de esperanza y de alegría!...

Tuve que callar, Julia. La abuela, mal que me pese, siempre tiene razón!



XXVII.

Me dices, Julia, que mi abuela de hoy nada tiene de comun con la abuela que te pinté en mis primeras cartas, y con este motivo te burlas con suma gracia de la impericia con que el pintor ha manejado sus pinceles.

La defensa es justa y legítima, y por lo tanto, debo decirte en mi abono, que la culpa no está en el pintor, sino en el objeto que se proponia retratar.

La abuela sabe esconder tan bien su talento y su bastísima instruccion, bajo los triples velos de la modestia, el pudor y la sencillez, que es preciso tratarla mucho para arrancarla paulatinamente su secreto.

Es semejante á aquellas estatuas gigantes, colocadas encima de un obelisco, que parecen diminutas desde abajo, siendo indispensable remontarse hasta su altura, para comprender sus colosales dimensiones.

Ella dice que así debe ser el talento de la mujer, verdadero tesoro de Salomon, que solo aparezca á los ojos del que posea el anillo mágico que simbolice sus virtudes: talento misterioso, que debe ignorarse á sí mismo, y desenvolverse tan solo y germinar al calor del hogar doméstico, para producir el bien de la familia.

Pero no creas que su sencillez es hipocresía, y su modestia aquella falsa modestia con que se disfraza la vanidad; desdeñando la aprobacion del vulgo, no; la abuela, que todo lo subordina á un solo sentimiento, la felicidad de los demas, cree que cuanto sabe, nada vale si no concurre á este objeto, y solo experimenta un santo orgullo cuando sus consejos han producido un bien, ó sus profundas y estudiosas meditaciones han obtenido un resultado ventajoso para todos.

¿Lo creerias? La instruccion, de la cual otras se muestran tan ufanas y orgullosas, haciendo un pomposo alarde de sus conocimientos, aun sin venir al caso, ella la oculta como si si fuera un delito, porque me ha dicho muchos ve-

ces en secreto, y en secreto te lo confio á ti «los hombres quieren que la muger sepa ilustrar sus dudas en un caso dado, quieren ser comprendidos en sus lucubraciones filosóficas; pero semejantes á los que asisten á un espectáculo de polichinelas, se incomodan de ver los hilos que hacen mover sus brazos y su cabeza, y de comprender que la voz no sale directamente de la garganta de aquellos ficticios personajes, porque esto destruye su ilusion.

Los hombres quieren un talento formado, y se incomodan de ver las manos de su hermosa compañera manchadas con el polvo de los infólios, y entre su guirnalda de flores asomar la borla del doctorado, porque acaso anhelan que todo en ella sea suavidad, gracia y armonía.

Además, el hombre ha venido al mundo á dominar, á proteger, á difundir las luces de la ciencia, y se resiente de que el sér débil y amante, confiado á su proteccion, se rebele, se proclame su ignal, y la arranque sus naturales atributos.

Viendo ya en él una imágen de sí mismo y no el complemento que le falta, huye de su comercio, le desestima, y de ahí ese eterno sarcasmo que marchita los laureles de la muger que se precia de erudita, y hace de ella el pária de la sociedad. ¡Ser escepcional y desdichado, extraño á los dos sexos, porque ambos le desconocen y le rechazan de su seno!

Esto no se entiende con la muger dotada de verdadero génio, de verdadero talento; el génio es una luz que brilla á pesar suyo y en cualquier parte que se pretenda ocultarla, y el hombre, por mas que se diga, cuando la divisa, es el primero en acatarle de rodillas como á un reflejo del cielo.

En el siglo en que se escribieron las *Preciosas ridículas* y las *Eruditas á la violeta*, brillaban en la cátedra, en la universidad y hasta en el púlpito, aquellas mugeres célebres, que fueron asombro de su siglo, y lo serán eternamente de todos los amantes del saber.

Estas mugeres, Julia, encumbradas por su verdadero merito, no fueron jamás protegidas ni escarnecidas por los hombres contemporá-



neos suyos, sino muy al contrario aplaudidas y respetadas.

Estudie, pues, la muger, en primer lugar para ser útil á la familia y á la sociedad; que si Dios ha marcado su frente con los destellos del gènio, que si Dios la destina á desempeñar una mision mas alta, hallará los lauros sin buscarlos. y sin salir de su natural reserva, porquela gloria va siempre de trásde nosotras, recogiendo nuestras palabras, nuestras acciones nuestras obras, nunca delante, y de aquí que por más que corra, y se afane y haga ostentacion de su propio mérito, le es imposible alcanzarla, al que, como Pirro y Decalíon, no arroje por detrás de sí piedras milagrosas que se conviertan en seres bellos y animados.

## XXVIII.

En prueba de cuán superior es el talento de la abuela, voy á manifestarte, Julia, el vasto plan que concibió y llevó á cabo mientras te la presentaba al parecer absorta en sus domésticos quehaceres.

En primer lugar debo decirte que mi posicion en la casa habia cambiado mucho desde hacia algun tiempo

La abuela habia tenido el buen tacto de sustituir la leyenda caballeresca por libros agradables é instructivos que yo leia con sumo interés, y de este modo podia complacer á don Tomás complaciéndome á mí misma.

Luego, cuando entraban nuestros contertulios, dejaba el libro y me ponía á hacer labor al lado de la abuela, procurando tomar parte en la conversacion, que ellos, por deferencia hácia mí, amenizaban cuanto les era dable. Poco á poco se habian establecido entre ellos y yo lazos de sincero cariño, y hallaba en su trato expansion y solaz al mismo tiempo.

Nuestros contertulios se reducen al cura, al médico y al escribano; estos son fijos, y voy á hacerte sus retratos para que aprendas á conocerlos.

El cura, que se llama don Calixto, es un venerable anciano, cuyos cabellos blancos como la nieve, aumentan la suavidad de su ros-

tro, en el cual se lee una bondad sin límites y una inagotable dulzura. No te diré que sea un sábio; pero si un justo.

Tiene la candidez y la inocencia de un niño, y es tan extraño al mal, que ni su imaginacion acierta á concebirlo. Si lo encuentra en su camino, siempre lo cree la excepcion, nunca la regla, y considera á todos los hombres formados á su imágen y por naturaleza buenos, amantes y compasivos.

Esto le hace incurrir en algunos errores y llevar algunos desengaños; pero su abnegacion es tan grande que aun así se complace en pagar la ingratitud con beneficios. Es un alma santa que reposa en Dios y cuya calma no perturban las borrascas de la vida.

(Continuará.)

Angela Grassi.

Á MARÍA SANTÍSIMA

## DE LAS ANGUSTIAS

EN EL DIA DE SU SOLEMNE PROCESION.

Yo quisiera decir madre mia  
cuánto al verte mi númen se inspira  
y que en dulces acordes mi lira  
su entusiasmo pudiera pintar.  
Yo quisiera poder espresarte  
de mi pecho la fe sin mancilla,  
y doblando ante ti la rodilla  
tus grandezas humildes cantar.

Más ¿qué puede decirte mi pluma  
Madre pura y hermosa y divina,  
si en el mundo mi planta camina  
solo abrojos pisando doquier?  
¿Cómo yo con el alma gigante  
y pigmea del arte y la ciencia  
llevar quiero á tu augusta presencia  
los acentos que inspira el saber?



Si es inútil que pulse la lira,  
si mi musa no tiene armonía  
y mi mente jamás lograría  
hasta tí con mis trobas llegar;  
deja, madre, que marche contigo,  
y admirando tu santa hermosura  
pueda darte mi amor, mi ternura  
si á tu lado me miras llorar.

Yo en la vida tan solo dolores  
á mi paso me ofrece el destino,  
y sin rumbo ni norte camino,  
cual esquite que rompe la mar;  
si mis culpas castigos merecen,  
si no basta mi pena y mi duelo  
dame, madre, tan solo el consuelo  
de que pueda á tu lado llorar.

Deja ¡oh Virgen! que fijos los ojos  
en tu frente tan casta y divina  
de la aurora la luz matutina,  
los cambiantes en grana y azul;  
en tu rostro yo mire anhelante  
y en la perla que oculta la roca  
tu pupila doliente y llorosa  
entre mares de gasas y tul.

Hoy Granada, mi pátria querida,  
admirando tu inmenso martirio  
con amor convertido en delirio  
gime viendo tu atroz padecer;  
no hay ninguna cual Tú, tan hermosa,  
grita el pueblo con tanto cariño,  
y es tu rostro formado de armiño  
de nosotros el solo placer.

Si el aroma que exhala fragante  
la gentil y gallarda azucena  
con su esencia los ámbitos llena  
de un estenso y ameno jardín;  
Tú María, de todas las flores  
los perfumes nos brindan gozosa,  
y ni aun tiene colores la rosa  
si igualarla queremos á tí.

Si Granada, mansion de las flores,  
con sus galas se muestra orgullosa  
si es su suelo una alfombra preciosa  
y es mas puro del cielo su azul;  
es Señora, que tú nos bendices,  
que tu apoyo nos mandas clemente,  
y que alumbra cual faro luciente  
nuestra vida, la luz de tu luz.

Presta siempre tu amparo, María,  
á este pueblo que tanto te adora;  
y no olvides, excelsa Señora,  
que en tí espera su dicha y su bien;  
que Granada, creyente y cristiana,  
y teniendo tu fé por emblema,  
hoy te brinda modesta çiadema  
que engalana tu nitida sien.

Hoy te ofrece corona sencilla  
de las perlas que vierten sus ojos,  
y postrada á tus plantas de hinojos  
te dá, Madre, su fiel corazón;  
cubra siempre tu manto Señora,  
á este pueblo que llora ferviente  
que sus culpas deplora doliente  
y que humilde te pide perdón.

*Josefa Bueno, vda. de Altea.*

## ¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

—Oh! de todos modos, ni mi madre ni yo hubiéramos permitido que saliese de aquí en tanto que no estuviese completamente curada. En esta casa encontrará los cuidados que reclama su estado, y el cariño que necesita su corazón.

Al decir esto Clara se inclinó sobre el lecho y besó la frente de Nina, que habia escuchado sus últimas palabras, y que fijó en su protectora una mirada dulcísima llena de amor y de ternura, expresándola con ella toda la profunda gratitud de su alma, mientras una lágrima lenta y silenciosa bajó rodando por su mejilla.

La señora de Montemar tuvo que convenir en lo que decia su hija, aunque con alguna repugnancia.

Nina era una pobre niña sin nombre, sin familia, y aunque se la concedia un lugar en el gran mundo, ya sabemos que la aristocracia de la sangre desdeña, en general, á la aristocracia del talento.



La señora de Montemar tenía un bondadoso y noble corazón, y sin embargo no podía olvidarse por completo de sus ideas sobre el nacimiento y la distinción de clases.

En aquella ocasión cedía sin duda: pero cedía porque Nina era una criatura interesante y privilegiada, y cedía sobre todo, porque en su descendencia iba envuelta una buena acción.

Todo, pues, se hizo como Clara deseaba: la huérfana se quedó en aquella casa hospitalaria, y ella tuvo permiso de permanecer a su lado todo el tiempo que le conviniese.

La señorita de Montemar estaba sin embargo triste y meditabunda.

Resuelta a darle una solución a la desgracia de Nina, resuelta a hablar a su tío de aquella niña abandonada, no sabía sin embargo como llevar a cabo su propósito, y sentada junto al blanco lecho de la enferma, daba en su mente mil vueltas a su pensamiento sin encontrar el modo de realizar el generoso propósito que había concebido.

A veces intentaba hablar de todo aquello a su madre y pedirle consejo y ayuda: pero otras rechazaba esta idea, pues ignoraba si la señora de Montemar se pondría o no de parte de Nina.

En estas luchas, en estas incertidumbres se pasó todo el día.

La enferma se había tranquilizado algún tanto.

La fiebre había cedido, y al encendido color de aquel rostro puro y bellísimo había reemplazado una palidez mate, que hacía a la joven más simpática aun.

Adormecida por la debilidad y el silencio que reinaba en torno, Nina se asemejaba a una hermosa estatua de mármol reclinada sobre una tumba.

No sé que ideas agitarían su mente entre los densos velos del sueño, no sé qué imágenes cruzarían por su mente en aquellas horas de quietud, o si sería que el ángel de la guarda murmuraría a su oído el nombre de su padre al verla reposar bajo el techo de sus mayores: pero dos ó tres lágrimas transparentes como las gotas del rocío, se habían desprendido de sus cerrados ojos, y estaban suspendidas en sus mejillas como el llanto immaculado de la aurora cuando abrillanta las hojas de la azucena.

Era el anochecer.

Adrianesi viendo sosegada a su hija adoptiva, había salido por algunos momentos, pues el buen maestro tenía mil atenciones que reclamaban su presencia en otra parte, y aunque el cuidado de Nina le absorbía, tenía que atender a ellas, si quiera fuese por algunos instantes.

La señora de Montemar se retiró a descansar.

Solo Clara velaba junto a su protegida como los ángeles velan por los desgraciados, con la solicitud y el amor de una hermana.

De pronto el portiere que cubría la entrada se levantó, y la figura grave y melancólica del Marqués apareció en el dintel.

Miró con tristeza en torno y se adelantó hacia Clara lentamente.

Hacia mucho tiempo que no entraba en aquella habitación, pues era la que había pertenecido a Diego.

Cerrada desde su muerte, solo se había abierto como una muestra de distinción y de cariño hacia la señorita Montemar pues era la más bella de la casa y se la había destinado a ella.

El anciano dirigió una mirada en torno y una expresión extraña pesó sobre su corazón.

La estancia estaba iluminada a medias por una lámpara de cristal, cuya luz se atenuaba por una bomba azulada,

Aquel lecho, aquellas cortinas medio plegadas que cubrían casi la figura de Nina; ese silencio, esos olores que producen algunas medicinas fuertes y que se perciben en el cuarto de un enfermo, trajeron a su memoria escenas tristes y dolorosas que en vano trataba de olvidar, y que amargaban de continuo su vida.

Miró a Clara, a aquella niña hermosa y alegre, en quien había fijado entonces su cariño y que como una flor fresca y purísima había venido a derramar un suave perfume en los últimos días de su vejez, y adelantándose hacia ella murmuró casi a su oído.

—Me han dicho, hija mía, que has pasado aquí todo el día; que no has querido descansar ni tomar casi alimento, y esto pudiera hacerte mal: por eso he venido a buscarte inquieto por tí.

—Oh! señor, exclamó Clara en el mismo tono y sumamente conmovida al ver a su tío. Oh! señor yo bendigo ese cuidado pues le trae a V. junto a mí.

Y señalando una silla añadió con acento más amante y más persuasivo.

—Siéntese V. aquí, a mi lado; porque en verdad me iba sintiendo triste de hallarme sola.

—Entonces, ven: tu doncella puede quedarse al lado de esa joven, y tu salir de esta habitación. La juventud y la alegría se avienen mal con la enfermedad y la tristeza, y yo no quiero que tú...

—Chis! hable V. más bajo, Nina duerme y no quiero despertarla.

—Pues bien, salgamos, y así...

—Dejarla sola! oh! eso no.

—Ya te he dicho que una criada...



—Ay, mi querido tío, los cuidados que la prestaría un criado no son los que yo quiero ofrecerle: atenciones pagadas, servicios interesados, pero nada por cariño, nada por abnegación! nó, nó: déjeme V. aquí, yo se lo suplico.

—Pero repara que tú...

—Yo soy muy feliz y bendigo á la Providencia porque me ha dado una madre y una familia, mientras que esa pobre jóven no tiene quien la ame, y sin embargo, ¡es tan digna de ser querida!

—La conoces de un solo día, Clara, y te dejas llevar muy pronto de tus impresiones.

—Oh! no mi buen tío, respondió la jóven con viveza. Sé su historia; su maestro me la ha contado, y si viera V. qué desventurada ha sido!

—Es muy jóven, y debe creerse que á esa edad...

—A esa edad la que no tiene una madre que la proteja y que la escude, solo puede hallar abrojos en el camino de la vida: Nina no la ha tenido! la suya murió, víctima de un engaño, y su padre que era noble y rico también...

El Marqués miró á Clara de un modo que la hizo estremecer, y cortó la palabra en sus labios.

Quizá en su interés por la huérfana había ido demasiado lejos.

Detúvose pues, y miró al anciano con timidez.

Este guardó silencio esperando también que Clara continuase.

Tal vez el recuerdo vago de una jóven abandonada, sin madre, é hija de un noble, de un título de Castilla acudió á su mente entonces, y por un impulso ignorado, volvió los ojos al lecho en que reposaba Nina, con menos indiferencia, con menos frialdad que lo había hecho hasta allí.

Oh! si la hija de la pobre Ana hubiese podido sorprender aquella mirada, su corazón se hubiera estremecido de esperanza y cariño á la vez.

Pero Nina permanecía dormida, y ni la expresión de los ojos del Marqués ni las palabras de su protectora habían podido llegar hasta ella.

En cuanto á Clara, aunque desconcertada y temblando casi, estaba resuelta á no perder aquella ocasión, y solo pensó en el modo de retener al Marqués allí. Era tan grave, tan superior á sus años el papel que debía representar, que no hallaba el modo de darle principio.

El momento no podía ser más oportuno.

La soledad que los rodeaba, la presencia de Nina, el sitio en que se hallaban, todo parecía que iba á ayudar y á servir á su propósito.

Solo vacilaba porque el respeto que la inspiraba su tío era mucho, y temía ofenderle con sus palabras.

De repente una idea acudió á su mente, que la hizo resolverse á obrar.

Es verdad que necesitaba mucho ingenio para llevarla á cabo, pero á los diez y seis años tenemos atrevimiento para todo: la juventud que es confiada y crédula, se fia de sus propias fuerzas, y mil veces lo que despues nos parece imposible se nos figura fácil y sencillo entonces.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## A MI BUENA AMIGA

PAULINA DE LAJARA.

Cimbrábase gentil sobre su tallo  
una azucena pálida,  
mientras que su corola se entreabría  
al leve impulso de las finas auras.

Junto al trono de Dios, en la alta cumbre  
un ángel dió un suspiro,  
mientras que del albor las blancas brumas  
desprendieron mil perlas de rocío.

Invisible el suspiro hendió el espacio  
y unido á algunas perlas,  
cobijáronse al par entre los pétalos  
de la elegante y pálida azucena.

Por Oriente asomó la faz hermosa  
el rubicundo Febo  
y la nítida flor miró en su caliz  
suspiros, perlas, y del sol destellos.

Tú eres, Paulina, la azucena hermosa,  
por Dios favorecida,  
que brinda en este mundo de dolores  
el dulce bien de inextinguible dicha,

Perfume de virtud es tu perfume;  
del sol es tu mirada;  
en tu hechicera boca están las perlas,  
el suspiro del ángel de tu alma.

M. Martínez Barrionuevo.



## LEONTINA,

POR

MATILDE BOURDON.

(CONCLUSION)

El sacerdote que la dirigia desde su infancia la visitaba á menudo, pero René evitaba su presencia, como si viera en él un mensajero de la muerte, y cuando iban á administrar á su hija la sagrada Comunion, se apartaba, huía; porque este espectáculo tan consolador para un cristiano, esta visita del amigo supremo que viene á dulcificar la muerte é iniciar al moribundo en la verdadera vida, le llenaba de espanto, no lo comprendia. A pesar de todo, viendo que nada tenia que esperar de la tierra, veníanle á veces deseos de decir á Dios:

—¡Dejádmela! pero los hábitos de toda su vida cerraban su corazon: ni se atrevia ni sabia orar, y para que entrase en el camino de salvacion era necesario un paso de supremo dolor.

Los médicos habian declarado que Juana no pasaria de aquel dia. Tranquila, hermosa aún, estaba acostada con el rosario en la mano, su dulce égida en los dias de sufrimiento y en las noches de insomnio. Tenia los ojos fijos en la cruz de aquel rosario, y cuando los levantaba, era para ver si podia sonreir aún á sus padres. Allí estaban, imágenes vivas de dolor: la madre fortalecida y resignada en aquella inmensa amargura; el padre traspassado y sin aliento. No se contaba el tiempo ya por horas, sino por minutos.

Si los dos hubiesen podido hallar un consuelo en aquel momento terrible, lo hubieran encontrado sin duda en aquel rostro tranquilo y apacible, en aquellas palabras breves y amorosas que expresaban la viveza de su fé, y de su esperanza y de amor de su Creador, en cuyas manos iba á entregar su espíritu.

Entró un criado poniendo en manos de René un voluminoso pliego cerrado: abriólo y arrojólo con mano febril sobre el tapete. Era la condecoracion de la Legion de honor que habia solicitado muchas veces, que hacia tiempo esperaba, y que llegaba como una irrisión en aquel instante fatal.

—¿Para qué quiero yo eso ahora?... ¡hija mia! Una palabra de Leontina hizo comprender de

qué se trataba á Juana, á quien el movimimiento de su padre habia inquietado. Hizo un esfuerzo, y desprendió de su pecho un pequeño Crucifijo de plata que llevaba: era un recuerdo de su primera Comunion.

—Papá, dijo con voz endeble y entrecortada ahí tiene V. mi recuerdo; acéptelo, y guárdelo para siempre. Mi buen papá, voy á esperarle en el cielo, donde entretanto rogaré á Dios por V., le ruego, le conjuro á que le ame; prometámelo... V. tambien vendrá allí...

No puedo continuar.

—¡Sí, sí! exclamó René, te obedeceré; pero ¡quédate, quédate con nosotros!

Apareció en sus lábios una sonrisa, esparcióse por su frente una expresion misteriosa, alargó el rosario á su madre y balbuceó:

—¡Dios mío! yo os amo!

Quedó luego como un niño que se adormece tranquilamente.

Leontina recibió á su marido entre sus brazos.

Teresa entró en la alcoba y lo arrancó de allí.

Muchos meses habian transcurrido: la tumba que llevaba el nombre de Juana, escrito sencillamente sobre el zócalo de una cruz de mármol blanco, habia visto á las flores de otoño de que estaba cubierta, secarse y palidecer bajo la herida de las primeras heladas: las largas veladas junto á la lámpara y al rededor de la chimenea habian empezado, y los dos esposos se hallaban solos en aquel mismo sitio en que un año antes Juana se colocaba á su lado, alegrando las horas con sus caricias y el atractivo de sus palabras. René habia tratado de leer; luego desechó su libro y se puso á mirar á su esposa. Leontina habia envejecido; sus cabellos, encanecidos en pocos meses, ondeaban en torno de su frente surcada de pliegues; un sufrimiento constante habia impreso su profunda huella sobre aquel rostro, antes tan risueño y jugueton, ahora tan sério y tranquilo no era esto sin embargo abatimiento, pues conservaba por entero su actividad y energía. A la sazón estaba entretejiendo una canastilla para guardar la envoltura de un recién nacido pobre: aunque triste pensamientos le asaltaban recordando que esta era la ocupacion favorita de Juana, y que muchas veces en aquel mismo sitio habian trabajado juntas para honrar al niño Jesús, no por esto dejaba de manifestar una santa alegría, tan propia de los cristianos cuando ejecutaban obras de caridad.



—Leontina, díjole de repente René, ¿cómo es que tengas tanto valor? Tu amabas á nuestra hija tanto como yo; la has llorado como yo; no estás consolada, bien lo sé; pero tienes una fortaleza que tu esposo no tiene: yo en nada encuentro gusto, no hay ocupacion ni cosa alguna que me distraiga, y cuando pienso...

Interrumpióse, los sollozos le cortaron la palabra.

—Cuando pienso que mi hermosa hija está allá bajo una losa; que yo mismo, si la viese, tal vez retrocediera; cuando pienso que no la veré ya nunca más, esto me vuelve loco... ¡Yo aborrezco al mundo, yo aborrezco todo cuanto tiene vida, por que Juana está sin vida! Y tú, Leontina, ¿puedes tu soportar un mundo donde no verás más á tu hija?

Ella le tomó la mano y le dijo con amor:

—René yo tengo la certidumbre de que Juana es feliz y que la volveré á ver un día. ¡Yo sobrellevo la vida con esta creencia y esta esperanza!

—¿Tú lo crees, díjole, tú lo crees positivamente?

—Sí, positivamente: sólo unos cuantos días de espera me separan de mi hija.

—¡Eres feliz!

—Acuérdate, querido René, de sus últimas palabras; ella te dió cita para el cielo...

—¡Ah! si yo pudiera creer!

No habló más aquella noche. Leontina oraba continuamente; vinieronle á la memoria aquellas palabras que en otro tiempo le habia repetido varias veces la Sra. Delangre... «¡Oh! Cuan cara cuesta una conversión!» En efecto: cuan cara habia pagado ya la que pedía sin cesar al cielo!

Durante todo el invierno René se mostró tan melancólico, tan agitado como siempre; leía sin embargo algunos libros de apologética cristiana que su esposa habia puesto en sus manos. Su corazón daba señales de moverse bajo los primeros impulsos de la gracia, quizás la convicción habia penetrado ya en su entendimiento, pero vacilaba aún y difería de día en día el acto solemne que debia calmar su conciencia y serenar su porvenir.

Llegó la víspera del domingo de Ramos, y Leontina le esperaba hacia rato con impaciencia. Entró por fin y corrió á los brazos de su esposa, la que observó en su fisonomía un cambio singular, un gozo inexplicable.

—¡René exclamó, y su corazón latía con fuerza.

—He obedecido á Juana, respondió con efusión; Leontina, me he reconciliado! Creo y espero que nos volveremos á ver!

No diré que sean felices, porque la felicidad no existe acá en la tierra, sobre todo cuando la flor de la vida se ha secado, cuando el fruto de las entrañas ha desaparecido; pero viven tranquilos. Un profundo afecto nacido de la tumba de Juana, une sus corazones; beben en la misma fuente; el mismo amor llena sus almas; su misma desgracia, rociada con el consuelo de sublimes esperanzas, les parece casi dulce; juntos soportan su peso: juntos suspiran á un horizonte próximo, cuyo ligero velo levantado les deja entrever el tesoro deseado, el tesoro llorado, ¡Dios y su hija!

FIN.

#### CORRESPONDENCIA.

Alora. Señora doña G. de L. recibidos los 12 rs.  
Santiago. Señor don F. S. F., en nuestro poder los 24 rs.

San Miguel. Señora doña P. M., recibidos los 12 rs.

Burcelet. Señora doña P. L., recibidos los 6 rs.

Cervera del río Pisuegra. Señor don E. S., con los 4 rs. que envía deja abonado hasta fin de junio del 80 que es el año que estamos publicando.

Coañanma de Quirós. Señora doña F. V. de M., en nuestro poder los 20 rs. que envía, y le rogamos nos diga á que nombre recibe el periódico pues el suyo no figura en la lista de suscritores.

Málaga. Señora doña M. J. D., recibidos los 4 rs., le suplicamos nos diga á que nombre sale la suscripción.

Cabeza de Buy. Señor don S. L. V. en nuestro poder los 4 rs.

Logroño. Señora doña P. S. de C., anotados los 4 rs. que envía. acompañamos á V. en su justo dolor.

Laguna de Cameros. Señora doña L. E., recibidos los 4 rs.

Lanaja. Señor don B. M., recibidas las 6 pesetas.

Durcol. Señor don P. F., puede V. hacer los pagos como tenga por conveniente.

Hospital del Rey. Señora doña A. A., en nuestro poder los 30 rs.

Badajoz. Señora doña J. de S. de S., con los 4 rs. que envía deja pagado hasta fin de junio del 80 que es el año que está recibiendo.

Jaraiz. Señor don C. P., en nuestro poder les 16 rs. que envía.

(Continuara)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia».